

# El rostro oculto de Miami

EL AÑO PASADO LA ORQUESTA CUBANA DE SALSA LOS Van Van dio un concierto en Miami y se armó la de San Quintín, o, en expresión más criolla, terminó como la fiesta del Guatao. Luego vino el tristemente célebre caso de Elián González. Los cintillos de los periódicos en muchas ciudades del mundo dieron cuenta de las protestas de los anticastristas, los incidentes de violencia, el despliegue policial. La imagen de intolerancia del exilio cubano de Miami se vio reforzada.

Como exiliada cubana residente en esta ciudad de la Florida, siento vergüenza ajena. O, debería decir propia, porque esa gente iracunda e irrazonable que desean hacer de la intransigencia una virtud, es mi gente.

Es la misma vergüenza que siento cada vez que un cubano en la isla se presta para participar en un acto de repudio o represión contra sus propios compatriotas.

Bien sé que ni de un lado ni del otro estas personas representan a la mayoría de mi pueblo. Desde tiempos inmemoriales, los viajeros a la Perla de las Antillas han exaltado las virtudes de los habitantes de esa isla larga y estrecha. Son hospitalarios, amables, querendones, sufridos, simpáticos. Incluso hoy en día no han perdido su sentido del humor, ni sus valores de familia, ni su dignidad, pese a un cúmulo de penurias que no parece tener fin. Son características que adornan por igual a muchos que salieron de Cuba en busca de libertad, o de hamburguesas de McDonald, da lo mismo, porque también el derecho a comer mejor es parte de la libertad.

Sin embargo, basta pronunciar la frase «cubanos de Miami» para conjurar la imagen de una tribu de trogloditas vociferantes. En realidad, tenemos mala prensa. Pero hay un rostro oculto de Miami, mucho más humano, y fácilmente visible a quien nos mire con ojos libres de prejuicios.

Los éxitos de los cubanos al sur de la Florida son muchos. Imposible enumerar las personalidades que se

han distinguido en las distintas ramas del quehacer humano. Resalta un común denominador. Todos ostentan la marca de una cubanía irrenunciable. Ahí yace quizás parte del problema. Para los norteamericanos, al menos, causa asombro y rabia que un grupo de inmigrantes se niegue a diluirse en el «*melting pot*». Hasta fecha reciente, los que llegaban a tierras de George Washington en busca del sueño americano se afanaban por aprender inglés, jurar la bandera de las estrellas y las barras, mejorar su condición socioeconómica y lograr que sus hijos fueran aceptados como norteamericanos. Los cubanos, por el contrario, nunca nos hemos considerado inmigrantes. Como exiliados, en vez de soñar, hemos querido recordar. En vez de aspirar a integrarnos a la cultura de la patria de adopción, hablamos constantemente del regreso a la propia. Somos monotemáticos. Cuba es el nombre de nuestra locura colectiva. Para los anfitriones yanquis, que no entienden eso de que se prefiera el vino propio aunque sea agrio, la actitud es ofensiva.

A partir del triunfo de la revolución de enero, los cubanos —algunos batistianos, algunos ricos, la mayoría clase media, muchos apolíticos— se trasladaron a esta ciudad a menos de una hora de vuelo de La Habana con dos propósitos principales: esperar que las cosas cambiaran en Cuba o, con la ayuda de los norteamericanos, participar activamente en el derrocamiento del régimen. El destierro se veía como transitorio y la alianza con los vecinos del norte se consideraba natural, parte de una tradición de hondas raíces históricas que se remontaban al siglo XIX y con manifestaciones tan recientes como el propio exilio de los miembros del 26 de julio durante el batistato. No eran falsas las expectativas. Los Estados Unidos no podía sentirse cómodo con un régimen que expropiaba sus propiedades y retaba su influencia en el hemisferio. Comenzó a reclutar los cubanos para la fallida invasión de Bahía de Cochinos. A pesar de la ineficiencia y falta de decisión de sus aliados, los exiliados no se desviaron de su mentalidad *plattista* que les hacía creer sin la menor duda que los destinos de Cuba pasaban por Washington. El gobierno de La Habana —no viene al caso analizar las causas— buscaba exactamente lo opuesto: distanciar al país de la esfera de influencia norteamericana. Aliarse a Moscú era una vía propicia. En medio de las tensiones de la Guerra Fría, el caso de Cuba se convirtió en una banderilla clavada en el orgullo nacional yanqui. La política exterior norteamericana optó por utilizar a los cubanos como voceros que recorrían los cuatro puntos cardinales del mundo dando fe de los horrores y errores del comunismo y como vallas de anuncios propagandísticos sobre los éxitos que pueden alcanzarse en el sistema de libre empresa. Basta desempolvar revistas y diarios, y hasta algún discurso presidencial de épocas no tan remotas, para que surja la imagen de los exiliados como víctimas de la tiranía y modelo de triunfadores, y de Miami como fruto de sus esfuerzos, epítome del sueño americano hecho realidad.

Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde entonces, mucha estatua de Lenin ha rodado por los pisos, mucho golpe de martillo derrumbó el muro de Berlín, mucha tecnología ha transformado un mundo cada vez menos ancho y ajeno, mucha globalización ha alterado los intereses de los norteamer-

ricanos. Los exiliados, pues, no son ya los aliados ideales contra «el imperio del mal» cuya cabeza radicaba en Moscú y cuyos muchos tentáculos ponían en peligro la seguridad de Estados Unidos, sino unos incómodos inquilinos que gesticulan con las manos y repiten como *ritornello* el mismo discurso de hace cuatro décadas. En los tiempos de *dot.com*, el anticomunismo de los cubanos es para la generación digital tan remoto y anacrónico como la era del macartismo. Muchos exiliados denuncian este cambio de actitud de sus anfitriones yanquis como una traición de sus gobernantes y aún colocan sus esperanzas para una Cuba democrática en las campañas presidenciales americanas, sin aprovechar la lección en *realpolitik*. Cuba, sencillamente, no es, y no tiene por qué ser, una prioridad para Estados Unidos, ni son eternas ni sagradas las alianzas que se forjan cuando coinciden los intereses políticos, como sucedió en un momento entre los norteamericanos y los refugiados, como en esas fechas nos llamaban.

Los exiliados, que tienen a su haber tantos éxitos, están marcados por la frustración de su gran fracaso: no haber podido incidir en la realidad de la isla. Más claramente y en buen romance: no haber tumbado a Fidel.

De esta frustración nace mucha de esa intolerancia que ha provocado un raro fenómeno: los exiliados llegan en ocasiones a comportarse igual que aquellos a quienes dicen combatir. Otro punto a meditar: algunas de las manifestaciones recientes de conducta antidemocrática en las calles de Miami no provienen principalmente de exiliados «históricos», sino de las últimas oleadas. Se trata, pues, en muchos casos, de personas que crecieron en una país donde no existe el respeto a la pluralidad de opiniones. Responden quizás también a un raro mecanismo que los lleva a actuar en concordancia con lo que distinguen como el discurso oficial. En el caso del exilio, al igual que en Cuba, ese discurso, represente o no a la mayoría, sigue controlado por quienes, ciegos ante la multitud de matices grises que conforman la realidad, conciben el drama patrio en un simplista esquema en blanco y negro que separa a los buenos de los malos según su lugar de residencia.

Pero ni la frustración ni la intransigencia ni los altos decibeles de las voces de algunos pseudo líderes del exilio han borrado una de las características sobresalientes de los cubanos: su inmensa generosidad, su capacidad, a nivel personal, de hacer lo que no logran colectivamente: superar las diferencias ideológicas para abrirle los brazos, los bolsillos y las puertas de sus hogares a los cubanos en la isla.

Hay más. A través de los años Miami ha sufrido la llegada de muchas balsas vacías, de muchos cadáveres de compatriotas que la marea de pobreza y falta de libertades arroja a estas playas. Y este pueblo de exiliados intransigentes y vociferantes los vela, los llora, los entierra.

No es todo. Muchos en este exilio con fama de troglodita están dispuestos en todo momento a dar una mano a sus compatriotas donde quiera que residan. Igual se movilizan para recaudar artículos de primera necesidad para las víctimas de un ciclón que azote a Cuba, que responden generosamente a un radio maratón para financiar el viaje de un niño que requiera tratamiento

médico en Estados Unidos donde a menudo es atendido gratis por galenos de origen cubano.

Las pruebas de solidaridad del exilio con los de la isla son infinitas. En 1980 cuando surgió la crisis del Mariel un grupo de líderes del exilio fue convocado por el gobierno americano a Washington. Les pidieron que exhortaran a sus compatriotas a que no fueran a la isla a recoger a sus familiares. Los cubanos salieron de la reunión indignados. Su respuesta fue: «No somos guardafronteras del departamento de inmigración. Nosotros, que estamos aquí, no podemos pedirle al que quiera irse de Cuba que se quede, aunque la solución no es que unos pocos cubanos vengan a tierras de libertad, sino que la libertad llegue a todos los cubanos.» Hubo dificultades, pero a la larga la gran mayoría de aquellos 125,000 nuevos refugiados se incorporaron al exilio y a la vida en Estados Unidos.

La empatía no se limita a los que se van de la isla, con los que los exiliados pueden asumir que comparten una visión negativa del régimen castrista. Narro una anécdota que me contó hace unos meses un colega, profesor de la Universidad de la Habana. Diecisiete profesores de ese centro docente habían sido invitados a un congreso en una universidad en la zona de Chicago. Al regreso, harían escala en Miami por tres días. Muchos se sentían indecisos de visitar «la capital del exilio». Además, no tenían dónde hospedarse ni ningún viático que cubriera sus gastos. Les tentaba adelantar el viaje de regreso a Cuba, aunque les picaba la curiosidad por conocer el mítico paradero de tantos que habían visto marcharse. Se acercaban a mi amigo a consultarle, puesto que él había estado en esta ciudad varias veces. Comprobó que todos tenían parientes en Miami y los instó a comunicarse con ellos. Algunos titubearon, puesto que en muchos casos se trataba de algún familiar lejano con quien no habían tenido contacto en largo tiempo. Al final, mi amigo vio cómo en el aeropuerto de Miami, uno por uno, sin excepción, los diecisiete fueron recogidos por sus tíos, madrinas o primos exiliados, quienes los hospedaron en sus casas. Algunos reencuentros fueron conmovedores. Lo mismo sucede a diario en el Aeropuerto José Martí en La Habana.

Miami está compuesto, en su gran mayoría, de cubanos anónimos, con su dosis de sufrimientos, nostalgias y muchas horas de trabajo sobre las espaldas. Para ellos, para nosotros, Cuba es siempre una herida abierta. Se impone, sin embargo, una verdad de Pero Grullo. El tiempo es el mejor bálsamo para aliviar las penas. En la última década, Cuba —y no me refiero al régimen sino a la nación, aunque parezca innecesario aclararlo— ha cambiado mucho. También Miami. Cada día son más los viejos exiliados que regresan de visita a la isla después de largas ausencias. Con creciente frecuencia se observa la reconciliación entre familiares que llevaban años distanciados más por diferencias ideológicas que por las 90 millas que separan a Cuba de la Florida. A menudo se responsabiliza a los cubanos en Estados Unidos del embargo que mantiene Washington contra Cuba, pero se pasa por alto que esos mismos exiliados siempre que se ha podido han mandado espejuelos, medicinas y ropas a los suyos, y que ahora envían miles y miles de dólares a sus familias en la isla. En

el verano de 1999, un número récord de 25,000 personas viajó a su país de origen desde Miami durante los meses de julio y agosto. Con seguridad esas cifras deben haberse superado en el 2000. Aún en los momentos más álgidos de la crisis de Elián, a diario los exiliados llenaban los vuelos hacia La Habana y otras ciudades de Cuba, con sus «gusanos» —maletas de lona de poco peso— repletos de regalos para familiares y amigos.

Los intercambios académicos y culturales han aumentado y en la mayoría de las ocasiones se llevan a cabo con la mayor cordialidad. Tanto en Cuba como en Miami ha comenzado hace ya tiempo una transición, quizás de la mejor manera posible para el futuro de Cuba, de abajo hacia arriba. A pesar de que de ambas orillas, predomine un discurso oficial intransigente, violento, de línea dura, existe asimismo un gran número de cubanos que aspiramos a un proyecto nacional capaz de incluir a todos y que tenga como premisa básica la falta de violencia. Cuba tiene otra cara que no es sólo la de la represión. También el exilio cubano de Miami ofrece mucho más que rencor.

Al igual que los desterrados, las organizaciones políticas de Miami suelen ser mal vistas, y no sólo por extranjeros, sino incluso por cubanos que residen fuera de la Florida. Dos puntos solamente deseo hacer al respecto. El primero es con relación a la Fundación Nacional Cubano Americana (CANF) y a su líder, tempranamente desaparecido, Jorge Mas Canosa, quien, como todo hombre público, sumó seguidores y detractores. No estuve entre los primeros y rechazo la veracidad histórica de las visiones hagiográficas que de él se han dado después de su muerte, aunque comprenda desde un punto de vista humano que sean producto del cariño de sus más íntimos. Sin embargo, no pocos de sus logros merecen reconocimiento. Desde el pasado siglo los cubanos han tenido plena conciencia de la influencia —sin duda excesiva— de los vecinos del norte en los destinos patrios. Por casi dos centurias los cubanos viajaron a Washington con ruegos y peticiones. Rara vez se les escuchó. Los norteamericanos, sin embargo, con frecuencia escogieron a algunos cubanos para adelantar su agenda política con respecto a Cuba. Mas Canosa y sus colaboradores aprendieron cómo se compran legítimamente las influencias en Washington. Por primera vez, la FNCA logró invertir la ecuación de poder. Los cubanos dejaron de ir a la capital norteamericana a recibir órdenes; fueron a darlas.

La causa de este importante cambio se debe a otro de los aciertos claves de Mas Canosa: su habilidad de persuadir a los ricos cubanos a involucrarse en la causa de Cuba. Si en el pasado siglo la guerra del 68 fue financiada con los capitales de las acaudaladas familias criollas, en este exilio, con honrosas excepciones, los ricos no habían mostrado la misma generosidad. Mas Canosa aglutinó a un grupo de hombres (y a unas pocas mujeres) con fortuna y los inspiró para que contribuyeran a la Fundación Nacional Cubano Americana. No fue un logro menor.

Aunque difiera de muchas de las políticas que la Fundación impuso en la ciudad junto al Potomac, reconozco que Mas Canosa, pese a su verbo exaltado, era un hombre realista, y, si era preciso, sabía negociar. Vale recordar el debate televisado con Ricardo Alarcón durante el cual el líder de la FNCA

respondió, que si electo libremente por el pueblo cubano, él aceptaría a Alarcón como Presidente de Cuba, mientras que el funcionario cubano apeló a descalificar al exiliado como «no cubano» para dar la respuesta contraria. Pienso, pues, que Mas Canosa hubiera manejado mejor el caso del balserito náufrago. El liderazgo, sin embargo, difícilmente se hereda. A pesar de las buenas intenciones de Jorge Mas Santos, la Fundación no logró controlar la situación, muestra de la mengua de su influencia política. Ojalá, sin embargo, los cubanos sepan recoger la herencia que dejó el Señor Mas Canosa al desenrañar los complejos hilos de la madeja política estadounidense y colocar a un grupo de cubanos exiliados en una posición de influencia en los centros de poder de Washington. El valor de esta lección para los futuros gobernantes cubanos no debería caer en el vacío.

Otro aspecto sobre las organizaciones del exilio merece destacarse. No todas han predicado la guerra en el plano militar o el de las sanciones económicas. Especialmente a partir de la caída del bloque soviético, surgieron agrupaciones políticas como la Plataforma Democrática Cubana y el Comité para la Democracia en Cuba (CCD) cuyo objetivo ha sido facilitar una transición pacífica en la isla. Los «dialogueros», como sus adversarios los llaman despectivamente, han alcanzado un cauteloso pero considerable apoyo en Miami en la década de los noventa. Según una encuesta conducida por la Universidad Internacional de la Florida en junio de 1997, un 48 % apoya la idea de un diálogo nacional.

Lamentablemente, la historia, si no se repite, tartamudea, y estos sectores moderados del exilio, al igual que en el siglo pasado los autonomistas con respecto a la corona española, han perdido fuerza porque se han topado con la tozudez del gobierno de La Habana. A pesar de ello, algunas de estas organizaciones, como el Partido Demócrata Cristiano, cuyas modestas oficinas están en la Calle Ocho, arteria principal del Miami cubano, insisten en un discurso de la reconciliación y trabajan calladamente para hacer llegar medicinas y otros artículos de primera necesidad a sus compatriotas en la isla.

Hay un proverbio chino que advierte, con milenaria sabiduría, el peligro de hacer predicciones, especialmente sobre el futuro. Imposible, pues, aventurarme a conjeturar sobre el porvenir inmediato de los cubanos en Miami y su papel en la Cuba del mañana. Se me ocurre, sin embargo, que cuando las aguas vuelvan a su nivel y los hijos de nuestros nietos, residan en los Estados Unidos o en la isla, se detengan a estudiar con la perspectiva que ofrece el paso de los años, al exilio cubano en Miami, no escucharán las voces de la ira —afortunadamente suele llevarselas el viento— sino que encontrarán las huellas de más de medio millón de desterrados, adoloridos y buenos, que quisieron inútilmente reproducir en tierra extranjera la Patria que tanto amaban, y que, rodeados de libertades y bienes de consumo, vivieron y murieron sin renunciar jamás al sueño del regreso a esa isla larga y estrecha, fuente perpetua de heridas e ilusiones.